

nimo corazón de María no se derritiese á la vista del espectáculo cruel de un Hijo moribundo; se me hace imposible creer que guardara tanta majestad y serenidad aquella frente divina cuando toda la naturaleza y su Autor se hallaban consternados. Todo cuanto existe, llora; lloraba su Hijo, como afirma el Apóstol (cap. v, vers. 7, *Ad Hebr.*), y lloraba con voces clamorosas: *Cum clamore valido et lacrymis*; lloraba el cielo, encubriendo sus rayos entre densas y negras tinieblas; lloraba la tierra, dando sacudidas espantosas, temerosa de ver su superficie regada por la sangre de un Dios; lloraban los muertos, pues se levantaron las lápidas sepulcrales, no queriendo ya encubrir en su seno tenebroso las cenizas yertas é insensibles; lloraba toda la naturaleza la muerte de su Criador; lloraban los ángeles las ignominias de su Rey; y ¿María no llora? ¡Ah! Yo no dudaré afirmar que lloró, pues la Iglesia no duda cantar que estaba en pié junto á la cruz la dolorosa Madre, envuelta en mares de amargas lágrimas. *Stabat Mater dolorosa, juxta crucem lacrymosa*. Lloró sin consuelo, y sus lágrimas surcaron sus hermosas mejillas.

Mas no se crea que la tierna Madre dejase de ser la heroina constante y valerosa; no penseis que los gemidos de María fueron tan estrepitosos como los de las madres comunes, para cuyos llantos el aire no tiene bastante espacio para recibir sus ecos; las lágrimas de María fueron semejantes á las cristalinas aguas que con dulce y suave susurro salen del copioso manantial situado entre blancas piedras. Su gemido fué como el de la mansa tortolilla, cuyos dolorosos ayes penetran con suavidad los silenciosos desiertos; y en medio de ellos conservó su valor heroico, su actitud modesta y virginal; y, como dice San Ambrosio (*De institut. virg.*, cap. vii), miraba con ojos piadosos las llagas de su Hijo, por las cuales sabía que vendria la redencion de todos, «y con una constancia sin-

gular estaba en pié junto á su cruz, como si nada pasase en aquel corazón traspasado de parte á parte con la espada del dolor.» *Stabat juxta crucem*. Estaba en pié. ¡Oh, qué valor! Voy á presentaros aún por una vez lo que sucedia en la Madre piadosa cuando su Hijo iba á espirar, pues en aquel momento se excedió á sí misma en la fortaleza que demostró. ¡Ver morir á un hijo! Madres cristianas, decidme lo que pasó por vuestro espíritu cuando por la última vez estrechásteis en vuestros brazos al hijo querido, cuyo espíritu fugitivo iba á penetrar en la region de la eternidad mezclado con vuestros lamentos. ¡Qué convulsiones! ¡Qué desmayos! ¡Qué dolor! Pero... baste; léjos de mí el cruel placer de abrir y renovar las profundas llagas de vuestro corazón, cerradas ya con el tiempo, que como bálsamo eficaz cura las heridas causadas por la muerte de nuestros hermanos. Mas, entre tanto, considere cada uno cuál sería el dolor de la piadosa Madre al contemplar á su Hijo muriendo, no ya reclinado en su seno suave, sino en un madero; no ya en sus brazos, sino en los de la cruz; allá recoge María los últimos acentos que su Hijo exhala; allá le da su último y cruel adios. ¡Qué tormento ver á su Hijo desnudo en medio de un populacho soez, y no poder servirse de su propio manto para cubrir sus inocentes y virginales carnes! ¡Ver aquel rostro tan deseado de los Patriarcas, aquel rostro alegría de los ángeles, aquel rostro que tantas veces habia abrigado en su seno y brazos; verlo, digo, oscurecido con la sangre, denegrado con el polvo, afeado con la fatiga, y no poderlo lavar con sus lágrimas! ¡Oír aquella voz que se quejaba del abandono en que se veia, y no poder ampararlo! ¡Oír que tenía sed, y no poder aplicar á sus labios desecados ni una gota de agua! ¡Verlo espirar, como dice el devoto Bernardo, y no poder morir con Él! ¡Oh momento fatal! ¡Oh martirio cruel! Y con todo, María está en pié; los tormentos no la hacen desmayar; los dolores no turban

su magnánimo corazón. Semejante al robusto tronco del cedro del Líbano, aunque los huracanes desgajen sus ramas y huyan pavorosas lasavecillas que se refugiaban en su copa, él queda inmóvil, porque tanta es su robustez exterior como la fuerza de sus profundas raíces; así María, por más que se pasmen los cielos, por más que tiemble la tierra, aunque se rompan las piedras, aunque se abran los sepulcros, aunque se desquicie toda la naturaleza, Ella está firme é inmóvil junto á la cruz de su Hijo. *Stabat juxta*, etc.

Grande fué el heroísmo que debió de tener Sara para permitir que Abraham saliese con su hijo á la montaña del sacrificio; porque era el sosten de su ancianidad, el hijo de bendición, el hijo obtenido contra toda esperanza, y por consiguiente, su amor hácia él era el más grande que hubiese tenido madre alguna. Pero ¿qué es el valor de Sara comparado con el de María? Porque si Abraham levanta la cuchilla, si la sangre de su hijo riega el altar, si sus carnes son consumidas por el fuego, nada de esto ha de afectar los sentidos de su madre, que, léjos del lugar de la oblation, llora por la víctima, sin ser testigo de sus dolores. Pero ¡ver arrastrar á su Hijo como á un malvado! ¡Oír los golpes de los martillos! ¡Presenciar la dureza de los clavos! ¡Ser testigo de sus agonías y no morir, estaba reservado para la mujer fuerte! Ve María cómo, con un orden de inaudita barbarie, van extendiendo los verdugos los piés y manos de Jesus; ve que la mejor porcion de sus entrañas es desgarrada con ferocidad por hombres encrudelecidos, y no se descompone, ni se queja, ni habla una sola palabra: *Stabat juxta crucem*. Y ¿es posible tanto valor en una madre? El amoroso Pedro, al ver el atrevido arrojode los satélites contra su Maestro, se enardece, desenvaina su espada, y precipitándose con valor en medio de la chusma, y al primer golpe, echa abajo la oreja de Malco, y ¿María, en quien palpitaba un co-

razon de Madre, se está quieta é inmóvil cuando el horrendo sayon despedaza á su amada prenda? Sí, amados míos; pero no nos admiremos. María era Madre de Dios, y tanto era su amor y ternura, como su valor y constancia. Os pido renoveis vuestra atención benévola, pues voy á describiros un misterio de piedad encerrado en la oblation del Hijo y en el heroísmo de la Madre.

Dios habia determinado perdonar al hombre mediante la muerte de su Hijo, siendo ésta la más cruel é ignominiosa que imaginarse pudiera. Y así como el primer hombre no ofendió á su Criador sino con el concurso de la mujer, así tambien Jesucristo rompería el decreto de proscripción, padeciendo en union de otra mujer. De este modo, el cáliz de Jesus lo es de su Madre; los tormentos, las espinas, los clavos, igualmente traspasan el cuerpo del Hijo y el corazón de la Madre. ¿Qué prodigio, pues, de constancia es éste, amados míos, que Jesus muere á fuerza de dolor, y María aún está en pié? Tan abandonado se ve el Hijo como la Madre, y ¿Aquél se queja y Ésta calla? Mas ¡ay! María no muere, porque el cielo la conserva para soportar otros tormentos aún, despues que Jesus haya espirado. Si en los postreros momentos de su vida el cielo la ha negado el rocío de consuelo que jamás escasea á las almas justas, despues de muerto se ha vuelto de bronce. Concluyeron los dolores del Hijo, y empiezan de nuevo los de la Madre. No contentos los sicarios con haber saciado su furor al crucificarle, intentan nuevas atrocidades despues que ha espirado. Un soldado furibundo y desalmado se llega junto á la Madre desconsolada, y enristrando su lanza, abre el pecho sagrado del difunto. ¡Oh constancia de María! Este golpe no hiere ya á Jesus, que se halla exánime, pero hiere el corazón de María, que está viviendo junto á su hijo, y, esto no obstante, está invulnerable como un diamante. No parece sino que, animada de una fuerza divina, se puso á pelear mejor que Jacob

mano á mano contra el cielo. Sí; la lanzada, dice San Bernardo, nada pudo hacer al Cuerpo difunto de Jesus, pero atravesó de parte á parte el Corazon de María. ¡Oh Madre la más heroica! si la vanidad hizo esculpir sobre la lápida de una heroína antigua que era más fuerte que los hombres, la verdad nos hará decir que tú eres más fuerte que los ángeles; yo no dudo en estè momento poder decir lo que el Angel dijo á aquel Patriarca: *Contra Deum fortis fuisti*. Habeis resistido pecho á pecho á la fuerza de Dios. (*Genes.*, xxxii, vers. 23.)

Sí, amados míos: la fortaleza del corazon de María era más que humana para ser superior á tanta pena. En el órden natural de las cosas no vemos un ejemplo semejante. ¿Qué madre hay en el mundo que no deje á otros el cuidado de amortajar al hijo que murió en sus brazos? ¿Qué corazon se encuentra que pueda resistir á las impresiones funestas que causa la vista de un cadáver exánime en quien poco ántes habitaba una alma enteramente unida con la de sus progenitores? Sólo el corazon de María es superior á tamañas desventuras. Sentada al pié de la cruz, se apresta para recibir en su regazo al cuerpo difunto de su hijo Dios, aunque en aquel acto se renueven en su corazon todas las heridas que Él habia recibido. *Fortis contra Deum*. Ella lo estrecha mil veces en su sagrado pecho; Ella acaba de limpiar su figura con sus lágrimas; Ella saca las espinas que le habian quedado en la cabeza; Ella, por fin, sostiene en sus brazos débiles al Dios fuerte, al Dios de las virtudes, bajo cuyo peso tiemblan las alas de los querubines. *Contra Deum fortis*. Y, últimamente: Ella lo lleva al sepulcro privándose del último consuelo que le habia quedado de ver siquiera el cuerpo muerto de su Hijo. Vamos internándonos de tal modo en el laberintoso caos de los dolores de María, que nos vemos obligados á retroceder.

Los caminos de Sion lloran, y sus hijas hinchen los aires con sus lamentosos ayes; se hallan despavoridos los discípulos, inconsolables las santas mujeres: ya murió Jesus; mas su imágen no se aparta de la vista de María; siempre tiene ante sus ojos aquella cruz afrentosa, aquella cabeza taladrada, aquellos ojos hundidos, aquella boca rasgada, aquellas mejillas pálidas, aquellos cabellos mesados, aquel Calvario deicida. ¡Ah! Aquel Jesus que llenaba el corazon de María; aquel Jesus, principio y fin de sus pensamientos, pregunta por Él á los discípulos, y no responden; á la naturaleza, y calla. ¡Oh cruel martirio el de María! *Fortis contra Deum*. Nos admira la constancia de los Vicentes y Lorenzos, de las Aguedas y Cecilias; nos parece cosa extraña cómo resistieron á los tiranos, cómo vencieron los tormentos; pero ¿qué tienen que ver las torturas de todos los mártires con los dolores de María? No eran estos dolores de un dia, ni de un año; toda su vida fué un martirio cruel; la memoria de los tormentos de su Hijo rasgaba su alma con más furia que lo hicieran los tiranos con sus mártires; el considerarlo muerto, era el mayor suplicio que pudieran darla los verdugos; y con todo esto, su corazon les hace frente, y si Dios no la hubiera llamado al cielo para coronarla, aún viviera, sin que los tormentos hubieran acabado con su vida generosa: *Fortis contra Deum*.

Basta, amados oyentes, basta: yo veo vuestros corazones conmovidos con la consideracion de la ternura y heroismo de esta amable criatura; ni yo puedo continuar, porque los dolores de María son inefables, son un piélago inmensurable, un horizonte sin límites, y así dejo á vuestros entendimientos el trabajo de acabar de discernir lo que mi lengua no puede pronunciar; pero siempre os diré que María al pié de la cruz es el modelo más acabado de la ternura maternal, y el tipo en que nos hemos de

mirar para salir sus imitadores. Como cristianos, nuestro amor á nuestros hermanos ha de ser grande, como lo fué el de María, y el que tengamos á nuestro Dios no ha de conocer término ni medida; y de él ha de salir aquella fortaleza que no conoce peligros, que arrostra con todos los obstáculos, que vence todas las dificultades y nos hace en el servicio de Dios y en el sacrificio que debemos hacer de nosotros por el prójimo, superiores á los ángeles y á los hombres, á los principados y potestades, á los tormentos, á las persecuciones, á la espada y la muerte. (*Ad Rom.*, cap. viii, vers. 38.)

¿Hasta cuándo, pues, seremos insensibles á un llamamiento tan eficaz como éste? ¿Hasta cuándo demostraremos nuestra debilidad, hijos de María, porque lo seremos en el nombre? Al pié de la cruz nos engendró, «y allá, dice el Damasceno, padeció todos los dolores de que habia escapado al dar á luz á su hijo natural.» (*Lib. iv, De fide Orthodox.*) No desmintamos, pues, lo que somos; la mayor gloria de los hijos es ser un vivo retrato de sus padres; teniendo una Madre tan tierna, no nos hagamos de bronce para con nuestros hermanos afligidos; teniendo una Madre tan heroica, no sucumbamos á los ataques del mundo ni á las asechanzas del demonio. Sea María nuestro modelo en el sufrimiento de los trabajos de la vida, y ella nos ayudará á sobrellevarlos con el heroismo y valor que desplegó al pié de la cruz.

Sí, Madre la más tierna; de vuestro amor para con los hombres lo esperamos todo; no dudamos que siempre nos habeis de proteger; y persuadidos de esta verdad, no tememos al mundo ni al demonio, aunque nos acometa con toda su furia; recibid, pues, nuestros corazones; mirad como tierna Madre por todos los que estamos en este sagrado recinto; derramad copiosas gracias sobre las almas dichosas que han consagrado este dia á vuestra memoria, y si algun dia la afliccion ocupare su corazon,

enjugad sus lágrimas, pues con vuestra mano caritativa todos los trabajos se dulcifican. Seamos todos hijos tiernos de María, y Ella será dulce Madre; imitemos su valor y constancia en esta vida, y en el cielo seremos compañeros de su gloria; que os deseo en el nombre del Padre, etc. Amen.